

TURNING AROUND

Está ocurriendo un giro profundo en Argentina. Un *turnaround* completo, que deja entrever un cambio de ecosistema. Se agotó la astucia del tero practicada por el gobierno, eso de poner el huevo en un lado y gritar en otro. No queda más que enfrentar la realidad como única agenda.

Ante un escenario tan desafiante, los partidos políticos no están cumpliendo su rol de poleas de transmisión entre la opinión pública y el poder. En una democracia representativa su función es la de intérpretes de las tendencias sociales; esa es su esencia y justificativo de existencia, con rango constitucional. Con esos canales de transmisión en estado defectuoso, algunos juegan en la cubierta del Titanic y otros se lanzan en la búsqueda de tangentes a los extremos, por derecha o por izquierda.

El problema es que lo que debiera ser complemento devino en una contradicción degradante del sistema: discurso electoral versus plan de gobierno. Muchos quieren ser, pero pocos explican por qué, para qué y menos cómo. En la arena política, las preguntas de Platón de vuelta a la caverna: se trata de ganar la elección con eslóganes, como un hecho independiente y hasta contrario del gobernar. Visto en términos históricos, de vivir en el corto tiempo, instalarse en la coyuntura y después, que importa del después...

La última experiencia lo patentiza: la campaña fue un puñado de promesas vacías y el plan de gobierno restablecer un pasado mistificado: de vuelta los subsidios; de vuelta el cepo cambiario; de vuelta el monopolio aeroportuario; de vuelta el papel en la administración pública; de vuelta los privilegios, como los cargos dinásticos reinstaurados en el Banco Central; de vuelta la política exterior al lado de las autocracias. Un ejercicio del poder esquizoide, que sólo propone desarmar, sembrando la inseguridad jurídica por doquier.

El debilitamiento de los partidos políticos es un peligro mayúsculo porque pone en duda el principio de representatividad democrática. La salida por los extremos no son respuestas ideales en este plano; mas, son estentóreas y luego impracticables: basta con ver países vecinos o, sin ir más lejos, nuestro pasado en el 2002. La respuesta siempre ha de ser desde las

instituciones, desde los partidos políticos más que desde las personas como referencias mesiánicas.

Esto no significa apostar por absurdos al estilo de “movimientos (no partidos) atrápalo todo y cualquiera”. Tampoco promover la uniformidad por sobre la unidad: en un caso es más de lo mismo, es recurrir a lugares comunes que ahogan los matices e imponen una única mirada; el otro es la cohesión desde la diferencia, donde nacen las ideas nuevas tan imprescindibles para abonar el sistema. Unidad sí, uniformidad, no.

Se trata, en definitiva, de darse cuenta que la mejor campaña electoral es un plan de gobierno. Pocas veces hubo una oportunidad tan grande para quién proponga ideas claras y distintas (Descartes), y no un liderazgo carismático a lo Groucho Marx: tengo este plan y si no gusta, tengo éste otro. Un *turnaround* político para responder al *turnaround* social.

El presente se remite para uso exclusivo del receptor; no podrá ser distribuido a ningún tercero sin la autorización previa y expresa de Saravia Frías.